OTRAS RAZONES

LO POSIBLE

Hace veinticuatro años, en septiembre de 1976, la Ruptura de las instituciones de la dictadura era un proyecto político compartido por todos los partidos, y un proceso social en avanzado grado de realización. En aquel final de verano estaba a punto de coagular en realidad la posibilidad de la democracia. Por el contrario, la Reforma del régimen franquista, fracasada con Arias, no había alcanzado aún, con Suárez, el nivel de realidad que otorga a las entelequias políticas una posibilidad de llegar a la existencia. Pero tan sólo tres meses después, y en virtud de un Referendum dictatorial y un pacto secreto entre el Gobierno y los partidos clandestinos, el proceso real de la Ruptura democrática quedó brúscamente aislado de su relación con las referencias de poder, y la democracia devino una entelequia sin posibilidad de existir en el mundo de las realidades inmediatas. Mientras que la Reforma tomó al instante ese visible poderío que desprenden y convocan las cosas sociales cuando entran en estado de actualización. Entonces operó en el terreno ideológico el mecanismo «megárico», contrario al sentido común, imaginado por el pensamiento (Hobbes, Bergson) en el campo de la lógica: no es lo posible lo que se hace real, sino lo real lo que se hace posible. Lógicamente, la posibilidad de la democracia nunca existió. Pues sólo existe el acto, no la potencia que lo engendra, realiza o anuncia.

La impotencia de la Reforma logró, no obstante, convertirse en realidad gracias a un acto real de consenso. La potencia de la Ruptura se desvaneció en el limbo de las ilusiones. No había más posibilidad que la creada con el pacto oligárquico. La democracia era utopía. Los partidos hicieron lo que, según ellos, pudieron. Ser realistas, partidarios de la realidad del poder oligárquico, y no meros posibilistas, partidarios de la posibilidad de poder democrático. Los oportunistas, situacionistas y ocasionalistas no son verdaderos posibilistas prácticos, pues no creen en las posibilidades de realización de sus proyectos, y en el momento decisivo carecen de determinación. Por eso basan el realismo político en la eficacia de su traición a la posibilidad que han representado, quitando obstáculos a la de sus adversarios, y completándola. A estos caracteres los definió Diderot: «El hombre de espíritu ve lejos en la inmensidad de los posibles, el idiota no ve nada posible más que lo que es. Esto es lo que quizás hace a éste pusilánime y temerario a aquél». La visión del idiota la tienen los historiadores y periodistas de éxito en la Transición. El consenso monárquico, asesino de la posibilidad de democracia, no fue movido por la intelección de la realidad política, sino por la ambición de participar en un reparto del poder a la vista. La Reforma se hizo acto real no porque fuera posible en sí misma, ni porque tiviera virtualidad propia, sino por la conjunción o «composibilidad» de la fuerza legal del Estado con la enervación de la fuerza moral de la sociedad. La Reforma se hizo posible gracias a la voluntad de traición de los que durante decenas de años la habían considerado imposible. En toda posibilidad hay, ciertamente, una separación entre el pensamiento y la existencia. El pensamiento oportunista de la Reforma pertenece al Gobierno del Estado dictatorial, a Suárez. Pero la existencia cínica que la hizo realidad se debe ante todo a los partidos liquidadores de la posibilidad de democracia inmediata, a González, Carrillo y Tarradellas. En mi anterior artículo, he llamado «estupidez metafísica» al juicio que considera como posible sólamente a lo realizado. Los que niegan que la democracia y el modo único de llegar a ella (la ruptura democrática) fueran posibles a la muerte del dictador, están expulsando del mundo social a las posibilidades existenciales (Heidegger) junto con el explicativo principio de la probabilidad.

Antonio GARCÍA-TREVIJANO

UN GRITO DE DOLOR

Los cambios que se anunciaron en el XXXV Congreso del PSOE no han rebasado el territorio de la cosmética. Ni tan siquiera en la llamada crisis de liderazgo. Las apariencias de transformación y renovación permanecen en el campo de la retórica y de la pasarela. Nadie con un mínimo de conocimiento podía creer seriamente que la disputa entre Bono y Zapatero respondiese a la existencia de planteamientos ideológicos, políticos, sociales o económicos de diverso signo y alcance. En estos planos, el vacío era absoluto, una nada redonda y sin esquinas. Pero algunos pensaron que el cambio de liderazgo podía ser una realidad decisiva. La eliminación del felipismo y la sustitución de sus gardingos más destacados no era empresa desdeñable. Se plasmaría, necesariamente, en cambios tácticos y metodológicos en los que la ética dejaría de estar desalojada de la política pesoísta, la labor de oposición fuese real y no una variante accidental del pensamiento único y la defensa del liberalismo cultural fuese compatible con el rechazo del liberalismo económico o de sus dogmas más antitéticos con la libertad política, la igualdad social y la soberanía popular.

Pero nada. Equipaje de humo y viento. Un neofelipismo errático y difuso cumplidamente subrogado en la hipotecas contraídas por el tardofelipismo sorprendido «in ipsa turpitudine», es decir, en pleno terrorismo de Estado. Mientras Zapatero consulta con González, en el hermoso cerro de Mojácar –uno de los hondones almerienses del alma de nardo del árabe español– la forma de que la renovación parezca cierta sin serlo, mediante la liquidación hasta el rizoma de los últimos restos del naufragio guerrista y el cambio de carteles secundarios, la política del PSOE se hace cada vez más seguidista del Gobierno Aznar, aduciendo como pretexto –ciertamente conmovedor– la necesidad de una oposición leal, cooperadora y sin crispaciones. Otra alegación aún más desalentadora es la necesidad de consenso en las «cuestiones de Estado». Si el consenso es una realidad regresiva, empobrecedora y embrutecedora en sociedades políticas mínimamente civilizadas, aún más negativa y mezquina es cuando abole o mutila cualquier pluralismo político, cultural y social. La dignidad de nuestra justicia, que es indisociable de su independencia e incompatible con los modos garzonitas; la solución de las tensiones entre el nacionalismo españolista y los nacionalismos llamados periféricos; el alumbramiento de fórmulas de distensión y civilidad en el contencioso vasco; el impulso de una política justa y humana con los inmigrantes; el rechazo de todo intento gubernamental de profundización y potenciación de la degradada normativa de emergencia ya existente en la lucha antiterrorista; y el repudio activo de las exigencias antisociales del mercado en su versión neoliberal son actitudes barridas por esos consensos reaccionarios. Sin embargo se trata de cuestiones de primera magnitud en las que, sin necesidad de transformaciones radicales (¡no faltaba más!), este social-liberalismo de compromiso podría reivindicar una porciúncula de sus raíces socialdemócratas. Pues no. Ni tan siquiera reacciona ante el impudor del caso Tireless, donde el nacionalismo españolista está exhibiendo un máximo de miseria e incongruencia. Pese a todo ello, el PP y el Gobierno se permiten alancear al pobre Zapatero llamándole «insolvente» porque ha osado pedir una reducción de la carga fiscal sobre los hidrocarburos. Cuanto más caro es el petróleo, más gana el Estado y más pierde la sociedad. El mayor inductor del consumo de petróleo alega que rebajar los impuestos incentivaría el consumo. Por este camino, el humilde y leal Zapatero será acusado de apología criminal. Aunque continúe sirviendo a la gonzalizada y desjarrete a los guerristas ante el altar de Saturno mientras Guerra dedica sus Memorias a Trinidad Jiménes Villarejo, la musa felipista más destacada de la Ejecutiva de Zapatero. Durkheim consideraba que la izquierda era «un grito de dolor». Hace ya mucho tiempo que el PSOE no grita.

Joaquín NAVARRO

LA SECTA BATASUNA

Ayer escuchaba en el programa «Cada día», que dirije Antonio Jiménez en Radio España un testimonio sobrecogedor. El de una madre que había luchado hasta la extenuación para sacar a su hijo del sector violento de los jóvenes batasunos, que antes se llamaban Jarrai. Su hijo había caído en la trampa a los catorce años. Primero le habían dado dinero para incentivar su valentía; después le habían ido captando hasta hacer de él un agresivo miembro de la «kale borroka. Naturalmente, la Policía terminó por cogerlo, porque lo que no saben los aprendices de etarras es que más tarde o más temprano acaban en la cárcel. Su madre movió Roma con Santiago para liberar a su hijo, pero los delitos que le imputaban le llevaron a una fianza judicial enorme, que ella no podía pagar. «¿Saben quien fue la única que me ayudó?», preguntó la atribulada madre. «La Policía», se respondió. Y, mientras, los de la secta Jarrai manipulaban al chaval, denunciaban torturas sobre él. «Pero no era cierto, no le tocaron, yo le veía a diario». Así, luchando a brazo partido, la madre sacó a su hijo de la violencia, aunque siga en el mundo que la justifica. Ése es el drama que muchos vascos viven en silencio.

Juan BRAVO